



El diestro «Fortuna» disponiéndose á dar muerte al toro desmandado

UNA PELÍCULA REAL MUY ESPAÑOLA

«Fortuna» torea su mejor corrida de Beneficencia en la Gran Vía de Madrid

LA EXCLUSIVA DE LA PELÍCULA

HE aquí un suceso extraordinario que viene á romper, con su gracia pintoresca, tragicómica é inesperada, la casi siempre prevista monotonía de la actualidad.

La lidia y muerte de un toro por un estoqueador famoso en la calle más moderna, la de más aire cosmopolita de la capital de España, es algo que parece imaginado por uno de esos reporteros que en las revistas inglesas y en los diarios norteamericanos se complacen en dar golpes sin ritmo, ni conocimiento, ni razón, al viejo parche de la «pandereta española»...

Si no fuera tan real, parecería contado con mala fe, por un buen hombre francés que desconociera España, este suceso auténtico.

Veamos cómo fué.

SOL, FIESTA Y MIEDO

Día de fiesta. Santo del Rey de España. Madrid amanece en pleno invierno, bajo la claridad elemental de un sol de oro, este sol español de las victorias y las tragedias que basta para darle optimismo y relieve y brillo á todas las cosas.

El buen madrileño sale de su casa á hacer esa consumición tan grata, gratuita y tónica que se llama, en este país sobrio, «tomar el sol»...

Están congestionadas de muchedumbre las calles céntricas, engalanados los balcones de muchas casas por la fiesta oficial... Es la hora

de las misas aristocráticas, á cuya salida, las bellas mujeres gallardean sus voluptuosidades al pasear lentamente por las aceras.

Gran Vía. Arteria de Madrid, á la que los rascacielos y los grandes comercios y las oficinas y los autos no han podido quitar cierto garbo castizo de manola asombrada.

De pronto, un tropel frenético irrumpe en la avenida. Entre el clamor ronco de las bocinas automovilistas, destacan las voces desesperadas de miedo, el grito clásico español: «¿Que viene un toro!»

Y es verdad: en Madrid, en pleno día, un toro irrumpe en la calle más populosa. Corren, huyendo, los transeúntes espantados. Se interrumpe la circulación mecánica. Se escucha, como un compás violento, el chirrido de los cierres metálicos de los comercios al correrse rápidamente. Un toro, escapado cuando iba camino del Matadero, ha tenido que cruzar medio Madrid para llegar á su centro. Trae ya el cornúpeto una historia fatalista de víctimas. Al pasar por un mercado ha volteado á una mujer. Tres beneméritos guardias sufrieron revolcones. La película marcha bien. Una anciana, dos niños, tres guardias volteados. Sustos ciudadanos y algarabía de mercados. Y todo bajo el áureo sol de un día de fiesta madrileño.

SURGE EL HÉROE. «FORTUNA» TOREA SU MEJOR «CORRIDA DE BENE-
FICENCIA»

Y en este instante, cuando en la Gran Vía era todo bullicio, alarma y pánico, surge el héroe. Es un torero. Para que la película tuviera

su verdadero carácter español, el protagonista tenía que ser un torero.

El torero es el famoso estoqueador Diego Mazquiarán, *Fortuna*.

Fortuna, en pleno invierno y en Madrid, es un ciudadano como otro cualquiera. De su gallarda y brillante profesión ha de olvidarse en estos días fríos, en que las plazas de toros están como ateridas, muertas bajo los cielos plomizos y las lluvias tenaces.

Fortuna, con su gabán ceñido y su sombrero flexible, enguantado y tranquilo, parece uno de los tantos transeuntes que va á huir al ver un toro furioso.

Pero el torero, como el policía, tiene el deber, la obligación de ser siempre lo que es, sobre todo en momentos de peligro para el orden...

Fortuna ve venir al toro. Contempla el alocamiento de la muchedumbre espantada. ¡Y surge el torero!

Se despoja del gabán de señorito y lo convierte en capote táurico. Valiente y decidido, cita al toro, lo lancea, lo engaña, lo sujeta.

En la multitud nace la seguridad. Voces anónimas designan al héroe.

—¡Es *Fortuna*, el torero!

Fortuna contiende con el toro. Su gabán es, como tantas veces su capote, providencia y castigo. El anillo circense se ha convertido en avenida moderna. En los balcones, multitud de mujeres le animan y vitorean. Los transeuntes jalean al lidiador. Banderas y colgaduras ondean, se agitan al leve aire de la mañana invernal. ¿Qué sucede? En resumen, nada de particular: que *Fortuna* está toreando su mejor «corrida de Beneficencia»...

VALOR, SANGRE Y APOTEOSIS

Pero hay que matar al toro, que es un peligro en la vía pública. Del Círculo Militar ofrecen á *Fortuna* una espada. El diestro la rechaza. El acero que sirve para resplandecer al sol de las batallas, la espada que defiende á la Patria no es arma para matar á un toro furioso.

El torero manda á su casa á buscar un estoque. Quince minutos tardan en traérselo. Y mientras, *Fortuna* entretiene, burla y sujeta al toro, evitando que haga nuevas desgracias, que siembre el pánico en la ciudad.



El toro escapado, en el momento de aparecer en la Gran Vía, donde fué muerto por «Fortuna»

Y cuando *Fortuna* empuña el estoque y fija á la res y la hiere certero, y luego, con un descabello, la hace rodar inerte, mientras esto ocurre, la multitud se olvida de su pánico. Y las mujeres en los balcones, y los hombres en la calle, no sienten miedo ya. De ciudadanos atemorizados se han convertido en espectadores. ¡Están, sencillamente, viendo torear á *Fortuna*!

Rueda la res, y, como al final de una fiesta solemne en la Plaza de Toros de Madrid, ¡*Fortuna* es alzado en hombros!

La mejor ovación que escuchó en su vida, suena. Como tantas otras veces, *Fortuna* es el idolo popular

entre aclamaciones. Bajo el sol de oro, el torero famoso va por la calle

Á SOLAS CON EL HÉROE. LA IMPORTANCIA DE LO VULGAR

Una hora después de la hazaña, Pepe Campúa y yo raptamos á *Fortuna* y nos le llevamos al Retiro. Le interrogo, y *Fortuna* contesta: —¿Qué te voy á decir? Iba yo por la Gran Vía, y de pronto me veo venir un toro, gordo, con sus veintiocho arrobas y leña en la cabeza; un toro que embestia con genio...

Igual que lo pensé. Y es que en este suceso extraordinario, hay, como en todo, un secreto vulgar. Para *Fortuna*, el rey del volapié, el que mejor, más clásica y valerosamente ha sabido matar toros bravos en las corridas de más fama, es un suceso vulgar.

Para *Fortuna*, torero, este del suceso, es un toro más muerto á sus manos, como tantos otros cientos de toros.

Para *Fortuna*, transeunte, ciudadano y caballero particular, es esta una gran hazaña, por las desgracias que evitó, por el valor cívico que probó, por el riesgo á que se expuso.

Fortuna, torero, ganó una ovación más. Pero él á eso está acostumbrado.

Pero D. Diego Mazquiarán, vecino de Madrid, que libró quizás á muchos madrileños de una desgracia, merece la Cruz de Beneficencia.

El se la ha ganado. Y nosotros hemos ganado una verdadera, magnífica y completa película española.

JUAN FERRAGUT



«Fortuna». aclamado por la multitud, momentos después de su valerosa hazaña
FOTS. CAMPÚA Y ALFONSO



El toro que, con exposición de la vida, mató «Fortuna», evitando con ello una verdadera catástrofe